

MACKY CORBALAN

**LA PASAJERA
DE ARENA**

**LIBROS DE TIERRA FIRME
1992**

*para Ilda y Orlando
porque su amor hizo posible mi vida*

Llámenme.

Yo estoy allí,
en la maleza oscura,
zozobrando sola,
mientras los animales orinan
mis tristezas / mis manos de paja.

1

*No quiero ir
nada más
que hasta el fondo*

A. Pizarnik

digo : regresa

y temo no reconocerme
cuando entre por esa puerta.

Sappho

de los bosques tenebrosos
llevo lo sombrío

de la tarde soleada
su posibilidad nocturna

Vasca

desviada

desviada

siglo

por el camino correcto

Acaricio su rostro con el pie.
Su piel es fresca,
aún cuando afuera
puede oírse el alarido del aire
incendiándose.
Ahora interpone su cuerpo
entre la lámpara
y esto que la mira,
entonces la luz es una forma,
una delicada ondulación de la carne,
un eclipse presentido
y esperado por siglos.

Estarse sola

mostrar las uñas
sacar la lengua en mofa aguda
lanzar improperios como ácido
al ademán cándido
del que escucha

Hacer ruidos corporales
exhalar efluvios indecorosos
decir amor cuando es muerte
oler a funeraria

estarse sola

para que nadie sospeche
de esta pobre función
sin espectadores
con una pista de arena
repleta de excrementos
y un payaso harapiento
que se mira al espejo
en nuestro retrato

estarse sola
para por fin
ser sola

ser sola
como cuando -apenas nacidas-
miramos el mundo y supimos
que nos habíamos equivocado

*Dying is an art
like everything else
S.Plath*

La espera del silencio,
y no el silencio,
es lo que aturde.

Ciudad ardida / carrusel macabro.

Ostenta rostros que no le pertenecen.

Se apresura,
perseguida de calor,
hacia el final de la tarde.

Las mujeres que la pueblan
deambulan, solitarias,
pidiendo por amantes
a quienes devorar.

3er mundo

El aroma de la carne asada
socava el mediodía de
los míseros,
enloquece sus glándulas
y, como los animales de Pavlov,
se agitan por más
cuando nada ha habido.

Hay aquí un paisaje desconocido a la memoria.
Un carrusel que gira sin niños.
Gritos que, a fuerza de pavor, han quedado mudos.
Colillas que encienden la tarde y
aves que no levantan vuelo, sobresaltadas,

hurgan en los ojos,
se adueñan de la casa.

Las moscas,
inevitables en el verano,
como el calor que sofoca
al envolvernos en su membrana
sudorosa y anodina,
los frutos henchidos y rojos,
descomponiéndose en la acera,
y -enlazados por el talle-
las parejas de enamorados
que habrán de odiarse
el próximo invierno.

Indolencia: hálito urbano.

Modela cuerpos
en andares de grotesca armonía.

-Estética de todo lo inanimado-

Una ráfaga vital
corta el aliento
en instantes tan cortos...
imposible asegurar que existieron.

Los hombres caminan
con pasos de brea ardiendo,
añoran sus siestas,
sus vientres gruesos y velludos
rendidos al sopor.

Fuman en los cafés,
orinan las paredes descascaradas;
ven pasar la muerte,
la piropean
a diario.

Monet

La mosca sobrevuela, interesada,
la gota de sangre
que brilla sobre el piso mugroso.

Zumba, se posa,
huele
el infierno de la carne.

El verano muy pronto
llegará a importunarnos,
como quien se empeña en devolver
algo que hemos arrojado lejos
y adrede.

Las mariposas no harán
más que dejarse caer detrás
del horizonte;
los hombres jadearán
en sus ejercicios vespertinos,

y vendrán con sus piernas de lodo
e irán con sus piernas de lodo:
gruesos ídolos, hinchidos
en sus ropas deportivas.

Habrán dos cuerpos encimados en la siesta,
a quienes hastiará menos el sudor
que la práctica casi diaria.

Insomnio

un tic tac, en la penumbra,
un ladrido lejano,
el sonido de los ojos
que ruedan por la habitación

como canicas hambrientas.

Una música de feria y comediantes
llena la ciudad,
gira en torno al que camina
en una danza asfixiante,
vuelve sordos los disparos,
invisibles los dedos del punquista;

y, en la habitación a oscuras,
una ropa que cuelga al descuido
sobre la silla
crea la ilusión
de la presencia ansiada,

por un minuto.

Los amantes recorren la plaza,
fundidos en una sola y misma sombra.

Se sientan en el banco verdoso.
Con resplandores de plata
hienden el cemento
en un corazón de bordes inquietantes;
enriedan sus piernas ligeras,
prometen amores eternos
de un segundo.

Domingo

El vecindario vocinglero
ha ido declinando

con el color del día,
las hojas secas, en desordenada
carrera, se han quietado
al margen de las calles despobladas;

aquí, algo
le sugiere al alma
que no debiera ser la desolación
el lenguaje universal,
ni el tiempo un escondite
del que nadie ha venido a librarnos.

Hamurabi

al goce sensual esquivo

es necesario hacerle
justicia por la propia mano.

La noche es un remordimiento oscuro.
Envuelve a la ciudad
en un giro incesante
de paredes vecinas.

Densidad del verano suspendida allí fuera.

Sobre la lápida de la calle
se recortan figuras informes:
sombras contagiadas del hastío de esta hora.

En mi cama,
alguien se balancea con ritmo.
Corta el calor pringoso
en dos rostros,
enteramente ciegos.

Derecho de admisión

Expulso al mundo
por mi boca,
y como quiero
me encamino -custodiada-
a la salida.

El ómnibus cruza el paisaje,
como una flecha incontrolable;

en su interior,
la pasajera de arena
culmina una nota de adiós

y abre la ventanilla.